

**LAS PRIMERAS REFERENCIAS INMACULISTAS
EN LA TEOLOGÍA. DE LA PATRÍSTICA
A LA CONTROVERSI MEDIEVAL**

THE FIRST IMMACULIST REFERENCES IN THEOLOGY.
FROM PATRISTIC TO THE MEDIEVAL CONTROVERSY

José Antonio Peinado Guzmán¹

Universidad de Granada, España

Resumen

El desarrollo de la denominada “controversia inmaculista” tiene su origen en los evangelios apócrifos, concretamente en el *Protoevangelio de Santiago*. Si bien toda la problemática tendrá su punto álgido en la Edad Media, tomando como referencia los escritos de San Agustín, y teniendo como principales protagonistas a Santo Tomás de Aquino y a Duns Scoto, lo cierto es que a lo largo del tránsito que va desde los primeros siglos del cristianismo hasta el siglo XII, vamos a ir encontrando leves referencias que servirán de puntales para fundamentar la creencia concepcionista. En este artículo pretendemos extraer las principales pinceladas inmaculistas, que durante este tiempo, un tanto desconocido, sirvieron para afianzar el que, a la postre, terminaría convirtiéndose en el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen².

Palabras clave: Inmaculismo, Patrística, Iglesia latina, Iglesia griega, Pecado original.

¹ Doctor en Historia del Arte por la Universidad de Granada (España), Licenciado en Estudios Eclesiásticos, Diplomado en Ciencias de la Educación, miembro del Grupo de Investigación del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Granada HUM-362 Corpus de retablos y portadas en Granada y provincia, Jefe de Estudios del CEIP “La Paz” de Montefrío (Granada). Correo electrónico: pepeinado@hotmail.com

² J. A. PEINADO, *Controversia teológica. Devoción popular. Expresión plástica. La Inmaculada Concepción en Granada*, Universidad de Granada, Granada 2012, 121-164, <http://o-hera.ugr.es.adrastea.ugr.es/tesisugr/2009937x.pdf>, citado 15 julio 2015.

Abstract

The development of the so-called *immaculist controversy* has its origin in the apocryphal Gospels, specifically in the Protoevangelium of Santiago. Although all the problems will have its climax in the middle ages, with reference to the writings of San Agustín, and having as main protagonists to Saint Thomas of Aquino and Duns Scoto, indeed along the traffic that goes from the first centuries of Christianity until the twelfth century, we will be finding mild references that serve as props to explain the conceptionist belief. In this article we intend to remove the main brush strokes immaculists, which served to strengthen that, during this time, a rather unknown, to ultimately end up becoming the dogma of the immaculate conception of the Virgin.

Keywords: Immaculism, Patristics, Church Latin, Greek Church, Original sin.

I. Desarrollo de la inmaculada en la Patrística (siglos II - IX)³

1. Las primeras referencias: El Protoevangelio de Santiago

Así pues, como hemos mencionado ya, las primeras alusiones sobre un origen extraordinario y santo de la Virgen, las hallamos en un antiguo texto del siglo II, denominado el *Protoevangelio de Santiago*⁴. En él se narra cómo la madre de María, Ana, la concibió sin intervención de un hombre, ya que su marido, Joaquín, estaba en el desierto.

El padre de la Virgen era un personaje rico y llevaba al Señor sus ofrendas de forma generosa (el doble de lo requerido). Pero, el gran día del Señor se le prohíbe presentarlos por no tener hijos. Esto le sumió en una gran tristeza y se marcha al desierto. Allí ayunó durante cuarenta días y cuarenta noches para obtener el favor de Dios. Asimismo, Ana, su esposa, se lamentaba llorando por su esterilidad y por la marcha de Joaquín. En esto, un ángel se le apareció y le prometió que concebiría y daría a luz. Ana

³ Para este apartado ha sido imprescindible la consulta de G. PONS, *Textos marianos de los primeros siglos*, Ciudad Nueva, Madrid 1994; G. ALASTRUEY, *Tratado de la Virgen Santísima*, B.A.C., Madrid 1956; M. JUGIE, *L'Immaculée Conception dans l'Écriture Sainte et dans la tradition orientale*, Academia Mariana, Roma 1952; J. MIR Y NOGUERA, *La Inmaculada Concepción*, Hermanos Sáenz de Jubera Editores, Madrid 1905.

⁴ A. DE SANTOS OTERO, "Protoevangelio de Santiago", en: A. DE SANTOS OTERO, *Los Evangelios apócrifos*, B.A.C., Madrid 2006, 59-61. Aldama lo fecha entre el 130 y el 200; cfr.: J. A. ALDAMA, "El Protoevangelio de Santiago y sus problemas", *Ephemerides Mariologicae* 12 (1962), 126.

le promete que consagrará al Señor el fruto de sus entrañas. Igualmente a Joaquín, que ya bajaba a su casa, otro ángel le comunicó la noticia.

Un relato similar lo encontramos en otro evangelio apócrifo: el *Evangelio del Pseudo Mateo*⁵. Este texto, probablemente del siglo VI, conoce ya la tradición del *Protoevangelio de Santiago* y copia la esencia de la historia.

De lo más destacado que hemos de extraer de los dos textos es la imagen que subyace de María. En el *Protoevangelio de Santiago*, Ana define a su propia hija como “*fruto santo*”⁶, mientras que en el *Evangelio del Pseudo Mateo*, se pretende recalcar la inmensa santidad de la Virgen, superior a la de cualquiera, en el pasado y en el futuro. Este pensamiento fue calando progresivamente en la fe del pueblo.

Evidentemente, no nos encontramos ante ningún hecho histórico aceptable. Se trata de un género literario popular y fantástico (probablemente procedente de Egipto)⁷. Ahora bien, nos muestra, incipientemente, lo que la corriente teológica elaborará después. En palabras de R. Laurentin es “*una primera toma de conciencia intuitiva y mítica de la santidad perfecta y original de María en su misma concepción*”⁸.

Otro detalle que no debemos olvidar es que este tipo de relatos, en el tiempo en que fueron escritos, no sólo es que tuviesen una gran popularidad, sino que para algunas comunidades gozaban de autoridad y prestigio. Aunque la finalidad de dichos textos era la de glorificar la figura de la Virgen, en aquel tiempo no se había producido un discernimiento claro entre los evangelios canónicos y los apócrifos. De este modo, para Santos Padres de peso de la época (como San Ireneo de Lyon), estos pasajes tenían un gran valor. Lo que sí nos aportan estos relatos es la manera en que las primeras comunidades cristianas vivían su fe y la imagen que tenían de María. Para aquellas gentes, desde la sencillez de sus argumentos, el pecado era algo incompatible con la Virgen, hasta el punto de que su santidad se remontaba hasta su origen⁹.

⁵ A. DE SANTOS OTERO, “Protoevangelio...”, 79-82.

⁶ A. DE SANTOS OTERO, “Protoevangelio...”, 62.

⁷ S. DE FIORES, “Inmaculada”, en: S. DE FIORES - S. MEO, *Nuevo Diccionario de Mariología*, Ediciones Paulinas, Madrid 1988, 912.

⁸ R. LAURENTIN, *Maria nella storia della salvezza*, Marietti, Turín 1972, 139.

⁹ J. C. R. GARCÍA, *Mariología*, B.A.C., Madrid 1999, 169-170; J. L. BASTERO DE ELEI-ZALDE, *María, Madre del Redentor*, Eunsa, Pamplona 1995, 235-236.

Asimismo, no olvidemos tampoco, que los primeros cristianos, basándose en Jr 1, 5 y en Lc 1, 15, consideraban que tanto Jeremías como Juan el Bautista, habían sido santificados en el seno materno. ¿Por qué no pensar igual de la madre de Jesús?¹⁰

Los primeros escritores cristianos que van a poner en duda y rechazar la concepción virginal de Ana serán San Epifanio y, posteriormente, San Bernardo¹¹. Aun así, el sustrato siguió permaneciendo en la devoción popular. Con el tiempo, este relato fantástico perdería fuerza argumentativa en favor de razones teológicas más convincentes, que llevaran a una argumentación coherente de la materia.

2. María: la “Nueva Eva”

Una de las reflexiones teológicas más antigua relacionada con la Virgen, es la que compara a María con Eva¹². Aunque el primer referente claro lo encontramos en el siglo II con San Justino, lo cierto es que dicha tradición parece probable que proceda de antes, pudiéndose remontar incluso a la época apostólica¹³.

La base bíblica de la que surge todo este pensamiento procede de la Carta a los Romanos. En ella se compara a Adán con Cristo, oponiendo la figura pecadora del primer hombre a la salvadora de Jesucristo:

¹⁰ A. VILLAMONTE, “Los inicios de la teología de la Inmaculada”, *Ephemerides Mariologicae* 40 (1990), 197.

¹¹ SAN EPIFANIO, *Patrología Griega [PG]* 42, col. 747; SAN BERNARDO, *Patrología Latina [PL]* 182, cols. 332-336.

¹² Para esta parte, consultar: R. LAURENTIN- S. DE FIORES, “Nueva Eva”, en: *Nuevo Diccionario de Mariología*, 1474-1479, J. L. BASTERO DE ELEIZALDE, *María, Madre del Redentor...*, 40-43; C. POZO, *María, nueva Eva*, B.A.C., Madrid 2005, 347-354; J.C.R. GARCÍA, *Mariología...*, 205-214; D. FERNÁNDEZ, *María en la historia de la salvación*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1999, 119-125; M. PONCE, *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, Grafisur, Badajoz 1995, 339-347; G. GIRONES, “María, comparada con Eva en el Nuevo Testamento”, *Ephemerides Mariologicae* 29 (1979) 279-284; L. F. MATEO SECO, “María, Nueva Eva, y su colaboración en la redención según los Padres”, *Estudios Marianos* 50 (1985) 53-58; L. DíEZ, “Eva-María y la mujer”, *Estudios Marianos* 62 (1996), 133-140. Imprescindibles son las obras de J. A. ALDAMA, *María en la patristica de los siglos I y II*, B.A.C., Madrid 1970, 264-317.

¹³ C. POZO, *María, nueva Eva...*, 349; E. ROMERO, “El paralelismo Eva-María en la primera teología cristiana”, *Estudios Marianos* 64 (1998) 159.

Así pues, como el delito de uno solo atrajo sobre todos los hombres la condenación, así también la obra de justicia de uno solo procura toda la justificación que da la vida. En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos¹⁴.

Junto a esto, Cristo es llamado en 1Co 15, 45 “el último Adán”. Así pues, de igual modo que Jesucristo es comparado con Adán, a María se la va a asimilar con Eva, la “Nueva Eva”. Esta idea viene a expresar una verdadera cooperación de María en la obra de la salvación.

Unas incipientes pinceladas sobre el tema las hallamos en los evangelios apócrifos, en concreto en el *Evangelio de Felipe*, donde se dice lo siguiente:

Adán debe su origen a dos vírgenes: esto es, al Espíritu y a la tierra virgen. Por eso nació Cristo de una Virgen, para reparar la caída que tuvo lugar al principio¹⁵.

Como ya hemos citado más arriba, la primera reflexión sistemática en torno al tema la encontramos en San Justino († 115)¹⁶, quien sostiene lo siguiente:

... y sabemos, por otra parte, que (Jesús) nació de la virgen como hombre, a fin de que por el mismo camino que tuvo principio la desobediencia de la serpiente, por ése también fuera destruida. Porque Eva, cuando aún era virgen e incorrupta, habiendo concebido la palabra que le dijo la serpiente, dio a luz la desobediencia y la muerte, pero María, la virgen, concibió fe y gozo cuando el ángel Gabriel le dio la buena noticia de que el Espíritu del Señor vendría sobre ella y que la virtud del Altísimo la cobijaría con su sombra, por lo cual lo nacido de ella, santo, sería Hijo de Dios¹⁷.

¹⁴ Rm. 5, 18s.

¹⁵ A. DE SANTOS OTERO, “Evangelio de Felipe”, en: *Los Evangelios apócrifos...*, 403.

¹⁶ Un amplio estudio sobre este tema en San Justino y en San Ireneo lo encontramos en: E. ROMERO, “El paralelismo Eva-María...”, 157-176.

¹⁷ SAN JUSTINO, *PG* 6, cols. 709-712.

Este autor establece ese paralelismo antitético entre ambas mujeres destacando cómo de Eva procede la desobediencia y la muerte, mientras que María concibe fe y alegría. La importancia del texto reside en que la solución que Dios ofrece para resolver el problema es volver por el mismo camino, mediante la obediencia de María, para enmendar la desobediencia de Eva. A esta relación contrapuesta entre la caída y la reparación es lo que teológicamente se ha llamado “principio de recirculación”¹⁸. Esta idea será ampliada, posteriormente, con San Ireneo de Lyon.

El pensamiento de San Ireneo († 200) se resume en dos conceptos básicos: el mencionado principio de recirculación y la recapitulación. La idea base que subyace es el siguiente texto de San Pablo: “... *dándonos a conocer el Misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra*”¹⁹.

Recapitular, pues, sería devolver todas las cosas a su principio²⁰. En Cristo todo vuelve a la perfección, belleza y bondad que tenía en su origen. Tomando esto como marco de referencia, la idea es aplicada también a María.

En el fondo, lo que se plantea es que la obra salvadora de Dios no es una simple reparación de la primera creación: “*es un volver a comenzar desde el origen, una regeneración a través de la cabeza, una recapitulación en Cristo*”²¹. Aquí es donde entraría el tema de la recirculación²². “*El mal contraído desde el comienzo es resuelto con un circuito contrario. Cristo recuerda a Adán; la cruz, al árbol de la caída. En esta visión, María, que recuerda a Eva, ocupa un puesto de primer plano*”: volviendo por el mismo camino, desata y deshace los nudos que la primera mujer había anudado:

¹⁸ J. L. BASTERO DE ELEIZALDE, *María, Madre del Redentor...*, 41.

¹⁹ Ef. 1, 9s.

²⁰ J.C.R. GARCÍA, *Mariología...*, 205.

²¹ R. LAURENTIN- S. DE FIORES, “Nueva Eva”, en: *Nuevo Diccionario de Mariología...*, 1476.

²² Este concepto lo explica gráficamente de este modo: “*De hecho, lo que ha sido atado no puede ser desatado si no se recorren en sentido inverso los pliegues del nudo, de modo que los primeros pliegues queden desatados gracias a los segundos y, a la inversa, los segundos liberen a los primeros, por lo que resulta que el primer nudo es desatado por el segundo y el segundo nudo sirve para desatar el primero*”. SAN IRENEO DE LYON, *PG* 7, col. 959.

Así como Eva, teniendo un esposo, Adán, pero permaneciendo virgen (...) por su desobediencia fue causa de la muerte para sí misma y para toda la raza humana, así también María, desposada, y sin embargo, virgen, por su obediencia se convirtió en causa de salvación (...) Porque no se puede soltar lo que ha sido atado si no es desanudando en sentido inverso de la serie de nudos, de modo que los primeros queden sueltos gracias a los últimos y los últimos suelten los primeros (...) De la misma manera, sucedió que el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María. Porque lo que la virgen Eva había fuertemente ligado con su incredulidad, la Virgen María lo desligó con su fe²³. “Por eso, la recapitulación en Cristo retrocede en el tiempo e invierte la genealogía para sanarla desde sus orígenes, y así, la desobediencia de Eva es rescatada por la obediencia de María: lo que había sido ligado por la incredulidad, ha sido desatado por la fe²⁴.

Esos nudos son el pecado y la muerte. Y ella no sólo desata lo atado en dirección a Eva, sino que devuelve a las generaciones la vida que Eva les quitó.

A lo largo de toda la patrística este tema va a ser muy sugerente y será usado con frecuencia por los escritores eclesiásticos. Haremos un breve apunte de algunos de ellos:

- Tertuliano († 220-230) trata el tema haciendo un paralelismo entre la palabra que el demonio ofrece a Eva (productora de muerte) y la palabra que Gabriel trae a María (generadora de salvación)²⁵.
- San Efrén el Sirio († 373) utiliza una imagen muy gráfica en su disertación. María es el ojo derecho lleno de luz, mientras que Eva es el izquierdo, ciego y tenebroso²⁶.

²³ SAN IRENEO DE LYON, cols. 958-960.

²⁴ R. LAURENTIN - S. DE FIORES, “Nueva Eva”, en: *Nuevo Diccionario de Mariología...*, 1477.

²⁵ TERTULIANO, *PL* 2, cols. 827-828.

²⁶ SAN EFRÉN, “Himnos sobre la Iglesia”, en: *Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium*, Secretariat du CorpusSCO, Lovaina 1960, 90.

- En Zenón de Verona († 380) se observa también muy claramente el doble paralelismo Adán/Cristo y Eva/María²⁷.
- San Gregorio de Nisa († 380) sintetiza en este texto una triple idea. Por un lado, se basa en la teología paulina de Rm. 5, 18s. También evoca el pensamiento de San Ireneo de la recirculación de María hasta Eva. Finalmente, introduce el tema de la Pasión como elemento generador de salvación:

La muerte vino por causa de un hombre, pero por causa de un hombre ha venido también la salvación. El primer hombre cayó en el pecado; el segundo levantó a aquel que había caído. La mujer es defendida por la mujer; la primera abrió el camino hacia el pecado, la segunda favoreció el ingreso en la justificación. Aquélla siguió el consejo de la serpiente; ésta presentó al que mataría la serpiente y fue madre del creador de la luz. Aquélla, mediante el leño, introdujo el pecado, ésta, en cambio, también por medio del leño, introdujo el bien. Por el leño entiendo la cruz y el fruto de este leño está siempre en sazón y otorga la vida inmortal a quienes lo gustan²⁸.

- San Ambrosio († 397) en este texto acentúa la dicotomía entre las dos mujeres. Igualmente toca el tema de la cruz como fruto de redención:

Si el mal nos vino por una mujer, por otra mujer nos vino asimismo el bien; por Eva caímos, por María estamos de pie; por Eva postrados, por María levantados; por Eva sometidos a la esclavitud, por María liberados. Eva nos arrebató la perpetuidad, María nos la restituyó; Eva hizo que nos condenáramos por la fruta del árbol, María nos absolvió por el don del árbol; porque también Cristo estuvo pendiente, como un fruto, en el árbol de la cruz²⁹.

- San Epifanio de Salamina († 403) establece la comparación entre las dos mujeres basándose en el título bíblico de “madre de los vivientes”:

²⁷ ZENÓN DE VERONA, *PL 11*, col. 278.

²⁸ SAN GREGORIO DE NISA, *PG 46*, col. 1147.

²⁹ SAN AMBROSIO, *PL 17*, col. 715.

‘Alégrate, oh llena de gracia, el Señor es contigo’ (Lc. 1, 28). Esta es la que fue prefigurada por Eva y que simbólicamente ha recibido el apelativo de madre de los vivientes. Eva, en efecto, había sido llamada madre de los vivientes después de haber escuchado aquellas palabras que dicen: ‘Eres polvo y al polvo volverás’ (Gen. 3, 19), es decir: después de la caída. Podría parecer extraño que ella recibiera un título tan excelente después de haber pecado. Mirando los hechos desde lejos se observa que Eva es aquella de quien ha tomado origen todo el género humano en este mundo. La Virgen María, en cambio, verdaderamente ha introducido la vida misma en el mundo por haber dado a luz a Aquel que es el que vive y así ella ha venido a ser la madre de los vivientes³⁰.

–Fulgencio de Ruspe († 532) se muestra muy tajante en este pasaje al querer establecer símiles entre María y Eva:

Una mujer, corrompida en su alma, ha engañado al primer hombre; una mujer incorrupta ha concebido virginalmente al segundo hombre. En la mujer del primer hombre la maldad del diablo le ha depravado la mente, después de haberla seducido; en cambio, en la madre del segundo hombre la gracia de Dios ha preservado la integridad de su mente y de su carne³¹.

Finalmente, y como conclusión a este apartado, incluimos un poema del escritor eclesástico Aurelio Prudencio Clemente (siglo VI). En él identifica claramente a María como la mujer que aparece en Gn. 3, 15:

Este era aquel antiguo odio y el conflicto sangriento del hombre y la serpiente, que la víbora, tendida, es pisoteada por las plantas de la mujer. La virgen que ha merecido ser madre de Dios neutraliza todos los venenos; la serpiente, sin poder desarrollar sus espirales, verde como la grama en que habita, vomita torpemente su inofensivo virus³².

³⁰ SAN EPIFANIO DE SALAMINA, *PG* 42, col. 727.

³¹ SAN FULGENCIO DE RUSPE, *PL* 65, col. 728.

³² AURELIO PRUDENCIO, “Cathemerinon”, en: AURELIO PRUDENCIO, *Obras completas*, B.A.C., Madrid 1940, 43.

3. La Inmaculada en la Teología Patristica de los siglos II al VIII

Las primeras reflexiones teológicas en torno a la Inmaculada Concepción las encontramos en la rica tradición oriental³³. En la Iglesia de Oriente, anteriormente al Concilio de Éfeso (431), ya denominaban a la Virgen María como la Παναγία (*Panaghía*)³⁴, esto es, la “Toda Santa”. Era considerada la mujer en la que no hubo ninguna huella de pecado. Por ello, solía ser frecuente encontrar en las homilias, textos e himnos de estos Padres de la Iglesia, expresiones como “santa, santísima, inmaculada, irreprochable, sin tacha, sin defecto...”. En definitiva, lo que querían expresar dichos escritores al llamarla “gloriosa” o “sin mancha” era reconocerla como el ser humano más afectado por la santidad de Dios³⁵.

Lo que sí hemos de tener claro en todo momento es que estas incipientes elucubraciones acerca del tema son aún muy arcaicas. No podemos considerar que, cuando en el siglo V se habla de “inmaculada”, tenga el mismo contenido y sentido teológico que la definición dogmática de 1854. Junto a esto, tampoco se debe olvidar que la teología oriental evolucionó de manera diferente a la occidental o latina. Los postulados que barajan respecto a esta temática son diferentes, como a continuación veremos. Según esto, cuando la poesía y los teólogos griegos usan el concepto “inmaculada”, no incluyen en él la exención en María del pecado original. Y es que la “teología” de pecado original era desconocida para la tradición bizantina. Esta idea era algo propio de las iglesias latinas occidentales.

En los cinco primeros siglos, los Padres griegos no conocían dicho problema tal y como evolucionó en el Occidente. Era más bien un problema de precisión. Desde luego sí encontramos referencias acerca del pecado de Adán, de sus consecuencias, de las desgracias y males que acarreó para la humanidad, de la ignorancia, de la muerte o de la concupiscencia. Ahora bien, una cosa es hablar de las consecuencias o castigos del pecado y otra, considerar el mismo pecado. Asegurar que el mismo pecado de Adán se transmite a sus descendientes por la generación, no lo encontramos en los autores orientales. Téngase en cuenta, asimismo, que la diferenciación

³³ J.C.R. GARCÍA, *Mariología...*, 253-259, S. DE FIORES, “Inmaculada”, en: *Nuevo Diccionario de Mariología...*, 914-915; D. FERNÁNDEZ, *María en la historia...*, 359-363.

³⁴ J.C.R. GARCÍA, “La Panaghía”, *Ephemerides Mariologicae* 64 (1994) 226.

³⁵ J.C.R. GARCÍA, 224.

entre el pecado y las consecuencias del pecado de Adán se hizo en la Edad Media. De esto se deduce que el tema de la Inmaculada Concepción de María, como exención del pecado de los primeros padres, y que todos sus descendientes contraen por generación, no fue tratado en Oriente³⁶.

Por tanto, al llamar a la Virgen como “inmaculada”, simplemente querían afirmar su santidad perfecta desde el origen³⁷. En definitiva, que había estado libre de todo pecado personal y de toda falta moral.

La tradición ortodoxa enriquecerá toda su reflexión uniendo la figura de María, la *Theotókos*, al Espíritu Santo. Según esto, la Virgen sería la “mujer poseída totalmente por el *Panaghion*, el Todo Santo, el Espíritu”³⁸. La santidad de María se pone en relación, pues, con el Espíritu Santo, estableciéndose así un admirable paralelismo entre éste y la Virgen. De este modo, la santidad de la Madre de Dios se definiría como la presencia del Espíritu en ella³⁹.

A pesar de todo esto, curiosamente, en estos primeros siglos, había autores que hablaban también de los defectos de María. Basándose en determinadas citas del Nuevo Testamento, veían en ciertas actitudes de la Virgen desconfianza, faltas de fe o incluso cierta prepotencia.

De los primeros textos que siembran dudas en la figura de la Virgen hay que destacar uno de Orígenes († 254). En él se afirma cómo la madre de Jesús, al igual que el resto de los apóstoles, en la Pasión de Cristo se escandalizó. El autor ve como algo natural el hecho⁴⁰.

Ya a finales del siglo IV, Anfiloquio de Iconio († 398), hablando de la Pasión de Cristo, comenta las dudas de la Virgen al pie de la cruz y sus pensamientos en dicho momento. Su idea la entronca en las palabras del profeta Simeón, cuando le predijo a María que una espada le atravesaría el alma. Esa espada es interpretada como símbolo de vacilación de la Madre de Jesús⁴¹.

San Cirilo de Alejandría († 444) que, como veremos más adelante, posee unos textos bellísimos sobre la pureza e impecabilidad de la Virgen,

³⁶ D. FERNÁNDEZ, *María en la historia...*, 360-361.

³⁷ J. C. R. GARCÍA, “La Panaghía...”, 230.

³⁸ J. C. R. GARCÍA, 223.

³⁹ J. C. R. GARCÍA, 227, 239.

⁴⁰ ORÍGENES, *PG 13*, col. 1845.

⁴¹ ANFILOQUIO DE ICONIO, *PG 39*, col. 58.

tampoco tiene reparos a la hora de plasmar las incertidumbres de ésta en el instante de la cruz⁴².

Siguiendo esa línea, no podemos pasar por alto las palabras que, acerca del tema, escribe Timoteo de Jerusalén (s. VI). En ellas resalta las quejas de María ante el acontecimiento de la muerte de su Hijo: *“¡Oh infortunada de mí! Yo que esperaba grandes cosas, he aquí que he experimentado la desgracia. ¡Oh desgraciada de mí! ¿Quién es el que me ha arrebatado el tesoro? ¿Quién me ha quitado lo que me era tan querido? ¿Quién ha ocultado mi esperanza? ¡Pobre de mí!”*⁴³.

Finalmente, para terminar con este apartado de los “defectos de María”, hemos de citar las curiosas palabras de San Juan Crisóstomo († 407), quien observa en la Virgen ciertas actitudes de prepotencia y de ambición, como queriendo dominar a su Hijo, al comentar Mt. 12, 47: *“Pues lo que ella hizo surgía de la ambición, pues quería mandar sobre el pueblo como cuando mandaba sobre su hijo. No se había pensado nada de esto hasta este momento y hasta tal punto sucedió de manera inadecuada”*⁴⁴.

A pesar de este elenco de textos que versan sobre los desperfectos de la madre de Jesús, la línea general de toda la patrística fue la de ensalzar, venerar y alabar las virtudes de María, resaltando, sobre todo, su pureza. A lo largo del siguiente apartado, vamos a ir viendo los textos más significativos que mencionan a la Virgen como llena de santidad, inmaculada, sin tacha..., que, con el tiempo, han sido el fundamento del dogma. Estos escritores pusieron los puntales que, posteriormente, desarrollaron toda una teología inmaculista.

–La Inmaculada en las iglesias griegas u orientales

Entre los textos más antiguos de la tradición griega encontramos uno del ya citado San Ireneo de Lyon († 200). De forma indirecta alude a la pureza de María, como don realizado por Dios en ella:

⁴² SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *PG* 74, col. 662.

⁴³ TIMOTEO DE JERUSALÉN, *PG* 86, cols. 247-250.

⁴⁴ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *PG* 57, col. 464.

Y los que le proclamaron Emmanuel, nacido de una virgen, demostraron la unión del Verbo de Dios con su obra, porque el Verbo se haría carne y el Hijo de Dios se haría hijo del hombre: el Ser puro que abriría con toda pureza el puro seno que regenera a los hombres en Dios; seno que Él hizo puro. Y se hizo semejante a nosotros el que era el Dios fuerte y cuya naturaleza es inefable⁴⁵.

En estas primeras reflexiones, destacan las poéticas palabras de San Hipólito († 235). Comparando el Arca de la Alianza con Cristo, comenta que ha sido formado de “maderas incorruptibles”. De este modo, de forma indirecta, alude a María en su pureza:

El arca hecha de madera incorruptible es el Salvador. En el arca está simbolizado el tabernáculo (de su cuerpo), que es incorruptible y no puede ser destruido y que no está sujeto a ninguna corrupción de pecado. El pecador, en efecto, confesando su pecado, dice: Mis llamas están podridas y supuran a causa de mi insensatez. Pero el Señor no podía pecar, pues había sido formado, en cuanto a su naturaleza humana, de maderas incorruptibles, es decir: con la intervención de la Virgen y del Espíritu Santo, y estaba revestido por dentro y por fuera del Verbo de Dios, a modo de oro purísimo⁴⁶.

Uno de los textos clásicos que siempre se ha citado al tratar la historia del dogma de la Inmaculada, procede del poema de Efrén el Sirio († 235) *Carmina Nisibena*: “Tú sólo (ioh Jesús!) y tu Madre poseéis una belleza que a todos supera. No hay en ti mancha alguna, ni la hay tampoco en tu madre”⁴⁷.

El mismo autor, en un bello pasaje poético, dice que en María el Padre descendió con sus bendiciones, llegando sus efectos salvíficos hasta Adán:

María es el jardín al cual descendió, desde el Padre, la lluvia de bendición. Esta aspersion llegó hasta el rostro de Adán: así éste recobró

⁴⁵ SAN IRENEO DE LYON, *PG* 7, col. 1080.

⁴⁶ SAN HIPÓLITO, *PG* 10, cols. 863-866.

⁴⁷ SAN EFRÉN, “Carmina nisibena”, en: *Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium*, Lovaina 1961, 76.

la vida y se levantó del sepulcro, ya que por sus enemigos había sido sepultado en el Sheol⁴⁸.

También del siglo III es el texto encontrado en un amuleto, al estudiar una serie de papiros hallados de ese período: “*Madre de Dios, pura inmaculada, sin mancha, Madre de Cristo. Acuérdate que tú has dicho estas cosas. Protege a quien lleva este amuleto. Amén*”⁴⁹.

San Atanasio († 373), comentando la Encarnación del Hijo de Dios, afirma, en el contexto de la virginidad de María, la pureza de la misma:

Si Él hubiese querido solamente aparecerse, habría podido asumir un cuerpo más excelente, pero en realidad tomó un cuerpo como el nuestro, aunque no a la manera usual y corriente, sino que el suyo es un cuerpo puro y en modo alguno contaminado de unión marital. Lo asumió de una virgen inviolada, pura y que no conoció varón. En efecto, siendo Él poderoso y creador de todas las cosas, edificó para sí, en la Virgen, un templo, o sea su propio cuerpo⁵⁰.

La idea de la santidad de María unida a la acción del Espíritu Santo es utilizada en los textos de San Gregorio Nacianceno († 390). Según él, la Virgen fue purificada previamente por el Espíritu: “*Fue concebido (el Verbo de Dios) por la Virgen, la cual había sido previamente purificada por el Espíritu Santo en el alma y en el cuerpo, ya que, si era conveniente que la generación recibiera su parte de honor, era necesario que la virginidad fuese honrada con preferencia*”⁵¹.

Una de las imágenes que se van a asociar al tema de la Inmaculada, como ya hemos visto previamente, es la que compara a María con la zarza que arde sin consumirse del libro del Éxodo. Aunque explícitamente no hable de la pureza o la santidad de la Virgen, la Bula *Ineffabilis Deus* toma este símil usado por los Santos Padres como argumentación. Recogemos

⁴⁸ SAN EFRÉN, “Carmina Soghita”, en: *Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium*, Lovaina 1959, 185.

⁴⁹ M. GARRIDO, “Culto y veneración a la madre de Jesús en la primitiva Iglesia”, *Estudios Marianos* 36 (1972) 57.

⁵⁰ SAN ATANASIO, *PG* 25, col. 110.

⁵¹ SAN GREGORIO NACIANCENO, *PG* 36, col. 326.

aquí dos textos muy interesantes de San Gregorio de Nisa († 392) y de Rábula de Edesa († 435). El último de ellos, más elaborado, une poéticamente la impecabilidad de la Madre de Dios con la metáfora de la zarza ardiente:

Me parece que ya en el pasado el gran Moisés debió tener conocimiento de este misterio a través de aquella luz con la que Dios se le apareció, al descubrir aquella zarza que ardía sin consumirse (cf. Ex. 3, 1ss) Efectivamente Moisés dijo: Quiero acercarme para observar esta gran visión. Creo que con la expresión de acercarse no quería significar un desplazamiento de lugar, sino un acercamiento en cuanto al tiempo, pues aquello que entonces era prefigurado en la llama y en la zarza, después de transcurrido el tiempo intermedio, fue abiertamente manifestado en el misterio de la Virgen. Así como en el monte la zarza ardía pero no se consumía, así la Virgen parió la luz y no sufrió corrupción. No debe parecerse inapropiada la semejanza de la zarza, que es figura del cuerpo de la Virgen que fue Madre de Dios⁵².

Salve, oh totalmente santa, María Madre de Dios, tesoro maravilloso y venerable para el mundo entero, lámpara toda resplandeciente de luz, morada del Inabarcable, templo purísimo del Creador de todas las cosas. Por medio de ti se nos ha manifestado Aquel que ha cancelado y destruido los pecados del mundo (...) Sobre el monte Horeb, oh Virgen Santa, te vio el admirable profeta Moisés cuando el fuego empezó a arder vigorosamente en la zarza, pero sin consumirla. A ti también se refería aquella escalera que el justo Jacob contempló en el desierto, por la cual subían y bajaban los ángeles del cielo. El hijo de Isaí tomó su lira espiritual y comenzó a cantar, diciendo que, a la manera de una lluvia suave que cae sobre la tierra, descendería Dios y pondría su morada en la Virgen (cf. Sal. 71, 6). Que vengan ahora las jóvenes y las vírgenes hebreas y que, bajo la inspiración del Espíritu Santo, hagan sonar con sus manos los tímpanos en presencia del Hijo de Dios y, volviéndose hacia tí, digan: ¡Bendita tú, oh María, que has dado a luz a un hijo!⁵³.

⁵² SAN GREGORIO DE NISA, *PG* 46, col. 1135.

⁵³ RÁBULA DE EDESA, “De divina maternitate: Mariam esse totius orbis thesaurum”. “De Mariae virginitate per rubum praesignata”, en: *Corpus Marianum Patristicum*, V, Burgos 1981, n^{os} 5059, 5060.

A partir del siglo V, se generalizan los escritos en los que se menciona la santidad, pureza e impecabilidad de la Madre de Dios. Cada vez será más frecuente encontrar esta noción en los diversos autores, encontrándonos páginas de un inmenso lirismo y una belleza poética admirable. El primero de estos autores será San Cirilo de Alejandría († 444), quien define a la Virgen como “paloma incorrupta”: “*Salve, María, templo en el que Dios se apoya, lugar santo del modo en que lo proclama el profeta David, diciendo: ‘Santo es tu templo, admirable en equidad’. Salve, María, la cosa más hermosa de todo el orbe. Salve, María, paloma incorrupta*”⁵⁴.

Siguiendo ese mismo estilo, Teodoto de Ancira († antes del 446), en un alarde de alabanzas a la Virgen, escribe lo siguiente:

Juntos con él continuemos diciendo: Salve, oh deseable gozo nuestro; salve, exultación de las iglesias; salve, nombre que inspira dulzura; salve, rostro encantador divinamente fúlgido; salve, venerabilísimo recuerdo; salve, vellocino salvador y espiritual; salve, madre del resplandor indefectible, radiante de luz; salve purísima madre de santidad; salve limpísima fuente del agua que da la vida; salve, nueva madre en quien se realiza un nacimiento nuevo; salve, madre inefable de inalcanzable misterio; salve, libro nuevo de la nueva Escritura, según dice Isaías, de lo cual son fieles testimonios tanto los ángeles como los hombres⁵⁵.

Otro de los autores clásicos que se menciona para enlazar la patrística con el dogma de la Inmaculada es San Proclo de Constantinopla († 446). La claridad y, a la par, sencillez de sus afirmaciones son reseñables:

(María), globo de una nueva y celestial creación, en la que el sol de justicia, que jamás se pone, disipó en todas las almas las sombras de los pecados⁵⁶.

Santuario de impecabilidad, templo santificado por Dios⁵⁷.

⁵⁴ SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *PG* 77, col. 1031.

⁵⁵ TEODOTO DE ANCIRA, *PG* 77, col. 1394.

⁵⁶ TEODOTO DE ANCIRA, col. 758.

⁵⁷ TEODOTO DE ANCIRA, col. 754.

¿Acaso la Virgen no era pura y sin temor en su alma?⁵⁸

De las palabras más hermosas que la patrística dedica a María, sin duda hemos de destacar las de Hesiquio de Jerusalén († 451). Indudablemente están dotadas de una literatura e imágenes magistrales:

Huerto cerrado y Fuente sellada te denominó con antelación en los Cánticos el Esposo que de ti proviene. Huerto cerrado, porque sin haberte tocado la hoz de la corrupción, ni haber conocido la vendimia, con toda pureza germinaste para el género humano la flor de la raíz de Jesé, cultivada en ti solamente por el puro e incontaminado Espíritu⁵⁹.

Levántate, oh Señor, y ven a tu reposo, tú y el arca de tu santidad. Esta arca es ciertamente la Virgen Madre de Dios. Si tú eres la perla, ella es el arca; si tú el sol, la Virgen necesariamente será denominada cielo; si tú eres la flor incontaminada, la Virgen será planta de incorrupción y el paraíso de inmortalidad⁶⁰.

Jardín sin semilla ni cultivo; vid de preciosos racimos, floreciente e intacta; purísima tórtola, paloma incontaminada; nube grávida de lluvia e incorrupta; joya con una perla que resplandece más que el sol; cantera de la que proviene, sin haber sido cortada por manos humanas, la piedra que cubre toda la tierra (cf. Dn. 2, 45); nave repleta de riquezas y que no necesita de piloto; tesoro que a muchos enriquece. Otros la presentan como lámpara que arde por sí sola y como arca más amplia, espaciosa e ilustre que la de Noé⁶¹.

Uno de los autores que utilizará en sus denominaciones el término inmaculada será Crisipo de Jerusalén († 479). Con él concluimos el siglo V:

Comencemos ya con las palabras de Gabriel a María: 'Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo' (Lc. 1, 28). Alégrate ha dicho; a ti, en efecto,

⁵⁸ TEODOTO DE ANCIRA, col. 722.

⁵⁹ HESQUIO DE JERUSALÉN, *PG* 93, col. 1463.

⁶⁰ HESQUIO DE JERUSALÉN, col. 1463.

⁶¹ HESQUIO DE JERUSALÉN, col. 1462.

te corresponde la verdadera alegría, a ti que has merecido escuchar que eres la llena de gracia, puesto que contigo está el íntegro tesoro de la alegría, del gozo perfecto y de la gracia. El rey está con la esclava; el más bello entre los hijos de los hombres (Sal. 44, 3) está con la más hermosa de las mujeres; el que santifica todas las cosas está con la doncella inmaculada⁶².

Ya en el siglo VI, y escribiendo acerca de la virginidad de la Virgen María, encontramos el siguiente texto de Anastasio de Antioquia († 479):

Por eso, junto con todas las generaciones te proclamamos a ti sola bienaventurada entre las mujeres. En efecto, ni el sol te ha quemado con sus llamas de voluptuosidad, ni te ha dañado la luna con la fuerza que de ella emana por la noche, puesto que tú no has dejado que resbalara tu pie (Sal. 120, 3), o sea tu alma; antes bien, apoyándote firmemente sobre la piedra, has permanecido invicta. Te ha guardado el Señor, ya que es el único que ha entrado dentro de ti y de ti ha salido, dejándote cerrada y sellada perpetuamente. Te saludo, pues, a ti que eres a la vez madre y virgen, alimento de vida y fuente de inmortalidad, pues de ti ha venido Aquel que ha aniquilado la corrupción y ha destruido la muerte⁶³.

A caballo entre el siglo VI y VII, encontraremos la figura de Teotecno de Livia. Éste será uno de los grandes puntales del tema inmaculista en la patrística. Comienzan a relacionarse los textos con la incipiente fiesta de la excepcional concepción de Santa Ana, principio y origen de la fiesta de la Inmaculada Concepción:

Ella (María) nace pura e inmaculada como los querubines; ella fue plasmada de arcilla pura e incontaminada. En efecto, cuando aún estaba en germen dentro de su padre Joaquín, su madre Ana recibió el anuncio de un ángel santo que le dijo: Tu posteridad será célebre en todo el universo. Por eso Ana la presentó al Señor y durante todo el tiempo de su permanencia la Virgen estaba junto al rey Cristo, a su derecha, con un vestido tejido de oro, a modo de una aparición resplandeciente de

⁶² CRÍSIPO DE JERUSALÉN, *Patrología Oriental [PO]* 19, 336.

⁶³ ANASTASIO DE ANTIOQUÍA, *PG* 89, col. 1378.

gracia, de acuerdo con estas palabras del profeta: ‘Escucha hija, mira, inclina tu oído, olvida tu pueblo y la casa de tu padre; el rey se prendó de tu belleza. Él es tu Señor; póstrate ante él’ (Sal. 44, 11s.)⁶⁴.

Así pues, el cuerpo inmaculado de la Virgen Santísima y su alma pura y amada de Dios fueron llevados juntamente al cielo, con escolta de ángeles⁶⁵.

Del mismo período encontramos otra referencia de Antioco Estrategio, quien nuevamente define a María como “inmaculada”:

Desde el tiempo en que Nuestro Señor Jesucristo el Hijo de Dios, gracias a su bondad para con nosotros, se dignó aparecer en el mundo, naciendo de la santa e inmaculada Madre de Dios y siempre Virgen María, nos ha concedido el don de la fortaleza necesaria para combatir al diablo, a fin de que, para quien lo desea, resulte más fácil alcanzar la virtud de la virginidad, a pesar de que su práctica sea cosa ardua y laboriosa. A los que de veras aman a Dios se les otorga un feliz resultado y unos dones aún mayores, de acuerdo con su promesa. Nadie, sin embargo, puede alcanzar la cumbre de una virtud tan excelsa, si no tiene amor y si no posee la humildad debida, como lo atestigua aquella que es totalmente inmaculada, la siempre alabada y gloriosísima Madre de Dios⁶⁶.

Del siglo VII destacaremos a dos autores principalmente, Juan de Tesalónica († 630) y Sofronio de Jerusalén († 638). La cita nos viene a confirmar cómo se había generalizado ya el calificativo de “inmaculada” aplicado a la Virgen:

Oyendo, por tanto, con saludable compunción, los prodigios verdaderamente grandes y tremendos y en realidad dignos de la Madre de Dios, realizados en su muerte, daremos, después de Dios, a la inmaculada Señora, Madre suya, María, las gracias y las alabanzas debidas⁶⁷.

⁶⁴ TEOTECNO DE LIVIA, “Encomium Assumptionis sanctae Deiparae”, en: *Corpus Marianum Patristicum*, IV/2, 372-373.

⁶⁵ TEOTECNO DE LIVIA, 374.

⁶⁶ ANTIOCO ESTRATEGIO, “Homilia XXI”, en: *Corpus Marianum Patristicum*, IV/2, 406-407.

⁶⁷ JUAN DE TESALÓNICA, *PO* 19, 378.

“Pero el mismo Señor y Dios nuestro, Jesucristo, que glorificó a su Madre inmaculada y virgen, glorificará a los que la glorifican y a los que la alaban los alabará no sólo en la presente vida, sino también en la futura, y los conducirá a su reino”⁶⁸. “Santa, inmaculada de alma y cuerpo y libre completamente de todo contagio”⁶⁹.

Pasando ya al siglo VIII, los textos sobre la cuestión se multiplican sobremanera. Destacaremos, pues, los más significativos. En primer lugar, recogemos las palabras de uno de los escritores que más alusiones hace sobre el concepto “inmaculada”, San Germán de Constantinopla († 733):

Salve, llena de gracia, verdadero incensario de oro e incontaminado tesoro de pureza, sacratísimo y sin mancha alguna. Salve, llena de gracia, colmada de hermosura y de pureza, soberana y maravillosa morada del Verbo⁷⁰.

¿Con qué palabras de alabanza adornaremos la inmaculada figura de su pureza? Ella es el atrio sagrado de la incorruptibilidad, el templo santificado de Dios, el altar de oro de los holocaustos, el perfume divino del incienso, el óleo santo de la unción, el preciosísimo vaso de alabastro que contiene el unguento del místico nardo, el efod sacerdotal, la lámpara de oro sostenida por el candelabro de siete brazos⁷¹.

Hoy, de acuerdo con la Ley, es consagrado con bendiciones y es ofrecido como un don de gratitud, un libro del todo nuevo y purísimo y en el que no hay mancha alguna, que no será escrito por mano de hombre, sino que por obra del Espíritu quedará guarnecido de oro⁷².

Oh toda pura y digna de gran veneración y alabanza, ofrenda consagrada a Dios y superior a todo lo creado. Oh tierra no labrada, vid frondo-

⁶⁸ JUAN DE TESALÓNICA, 403.

⁶⁹ SOFRONIO DE JERUSALÉN, *PG* 87, col. 3159.

⁷⁰ SAN GERMÁN DE CONSTANTINOPLA, “Homilía de la Anunciación”, en: *Biblioteca Patristica*, 13, Ciudad Nueva, Madrid 2001, 79.

⁷¹ SAN GERMÁN DE CONSTANTINOPLA, 100-101.

⁷² SAN GERMÁN DE CONSTANTINOPLA, “Homilía I sobre la Entrada de la Madre de Dios”, en: *Biblioteca Patristica*, 2, Ciudad Nueva, Madrid 2001, 45.

sísima, copa que proporciona una suma felicidad, fuente que mana sin cesar, virgen fecunda y madre intacta, joya de pureza y ornamento de santidad⁷³.

De modo semejante representamos la figura de su inmaculada Madre según la carne, la Santa Madre de Dios, poniendo de manifiesto que, siendo ella mujer por naturaleza y no ajena a nuestra condición terrenal, de un modo que sobrepasa la comprensión de los hombres y de los ángeles, concibió en su seno al Dios invisible⁷⁴.

San Andrés de Creta († 740) enlaza en sus textos el pecado de Adán con la santidad y pureza de la Virgen. A la vez que utiliza el término de “inmaculada”, reinterpreta, usando el símil del barro, la teoría sobre la “recirculación” ya vista en Ireneo de Lyon:

Quiso el Redentor del género humano mostrar una restauración y un nuevo nacimiento distinto del anterior y así como antes, tomando barro, había formado al primer Adán de tierra virgen e incontaminada, así ahora realizó su propia encarnación como con otra tierra, que es la Virgen pura, totalmente inmaculada y escogida singularmente de entre toda la creación, pues el que pertenece a nuestra naturaleza y es uno de entre nosotros en la Virgen fue formado de un modo nuevo y, siendo el nuevo Adán, de tal modo que el nuevo fuera el salvador del que es más antiguo, con muchos siglos de diferencia⁷⁵.

Estando así las cosas y llegando ya el tiempo de dar cumplimiento a las promesas, mira lo que hizo para llegar a cabo la salvación de nuestra masa: no trajo desde fuera la herramienta, no reparó el vaso con una sustancia diversa, sino que del mismo barro y, como quien dice, purificando de escorias la misma masa, edificó para sí un templo precioso e inefablemente construido, en el cual Él mismo actuara como único y supremo pontífice y rey, y, realizando sacerdotalmente nuestra recon-

⁷³ SAN GERMÁN DE CONSTANTINOPLA, 62-63.

⁷⁴ SAN GERMÁN DE CONSTANTINOPLA, “Carta de San Germán a Juan obispo de Sinada”, en: *Biblioteca Patristica*, 13, 158.

⁷⁵ SAN ANDRÉS DE CRETA, *PG* 97, cols. 814-815.

ciliación con el Padre, asumiera nuestra naturaleza, de un modo que trasciende la naturaleza, pero que concuerda con nuestra humana naturaleza⁷⁶.

Igualmente, encontramos otras referencias interesantes a destacar en dicho autor:

¡Salve, tesoro de vida inmaculada!⁷⁷

Oh Virgen Madre de Dios, tabernáculo sin mancha, ya que estoy manchado por el pecado, purifícame ahora con el agua purísima de tu compasión y dame tu mano protectora, para que yo pueda exclamar: ¡Gloria a ti, oh purísima y por Dios glorificada! (...) ¡Oh purísima Madre de Dios! Te reconocemos como nube, huerto, puerta de la luz, mesa y vellocino; vasija que contiene el maná y dulzura para el mundo⁷⁸.

San Juan Damasceno († 749), al tratar el nacimiento de la Virgen María, comenta lo siguiente:

¡Oh felices entrañas de Joaquín, de las que salió una descendencia absolutamente sin mancha! ¡Oh seno glorioso de Ana, en el que poco a poco fue creciendo y desarrollándose una niña completamente pura y, después que estuvo formada, fue dada a luz!⁷⁹

Finalmente, terminamos este repaso de autores sagrados, citando a San Tarasio († 806), quien afirma lo siguiente de María:

Predestinada desde la creación del mundo, escogida de entre todas las generaciones para ser la morada inmaculada del Verbo, y ofrecida en el templo santo al Todopoderoso, ¿no es digna de honor, la virgen pura e inmaculada? ¿No es acaso ella la ofrenda inmaculada de la naturaleza humana?⁸⁰

⁷⁶ SAN ANDRÉS DE CRETA, col. 875.

⁷⁷ SAN ANDRÉS DE CRETA, col. 895.

⁷⁸ SAN ANDRÉS DE CRETA, cols. 1310-1311.

⁷⁹ SAN JUAN DAMASCENO, PG 96, col. 663.

⁸⁰ SAN TARASIO, PG 98, col. 1498.

–*La Inmaculada en las iglesias latinas u occidentales*

Si bien en Oriente, como hemos visto, el calificar a María como exenta de cualquier pecado no constituía ningún problema, en Occidente, las afirmaciones de este tipo fueron más cautas. La tradición latina nunca tuvo obstáculos en declarar la impecabilidad de la Virgen en el sentido de falta personal o moral. Pero otra cosa bien distinta era considerar que María, en ningún momento, había sido manchada por el pecado. En concreto, el pecado original.

La teología griega había centrado todos sus esfuerzos, en lo referente a la Virgen, declarándola Madre de Dios. El Concilio de Éfeso (431) afirmaba de María que ésta era verdaderamente Madre de Dios, no madre de un hombre al que, de una forma u otra, se le hubiera unido Dios.

En cambio, la teología occidental se había ocupado con mayor ahínco de la controversia del pecado original. La corriente suscitada por Pelagio (pelagianismo), hizo que las miradas se vertieran en este asunto y, como consecuencia, retrasara y obstaculizara el desarrollo del pensamiento inmaculista. Hasta que no hubo una solución satisfactoria a esta cuestión (y eso ocurrió con el paso de los siglos), no evolucionó el dogma de la Inmaculada⁸¹.

Como vemos, ambas tradiciones tenían controversias muy diferentes en lo referente a la Virgen. Por tanto, es normal que en los escritos se muestren sensibilidades distintas. Así pues, cobra más sentido recordar en este momento, que los sobrenombres aplicados a María que hemos visto en los diferentes Padres aludiendo a su santidad, han de valorarse en su justa medida. Nunca debemos olvidar la trayectoria histórica: denominar a la Madre de Dios como “inmaculada” en el siglo V no tiene las mismas connotaciones que el mismo adjetivo en el siglo XIII o XIV.

Aun así, a pesar de las reticencias que se han anotado, algunos autores latinos, levemente, escribirán sobre la santidad y limpieza de María. En el siglo V, Máximo de Turín († 408/423), refiriéndose a la virginidad perpetua de la madre de Jesús (antes, durante y después del parto), apunta pinceladas sobre su pureza:

⁸¹ J.C.R. GARCÍA, *Mariología...*, 259-260; D. FERNÁNDEZ, *María en la historia...*, 363-364.

La Virgen concibe sin la intervención de varón; el vientre se llena sin el contacto de ningún abrazo; y el casto seno acogió al Espíritu Santo, que los miembros puros custodiaron y el cuerpo inocente albergó. Contemplad el milagro de la Madre del Señor: es virgen cuando concibe, virgen cuando da a luz, virgen después del parto. ¡Gloriosa virginidad y preclara fecundidad!⁸².

Uno de los grandes Padres de la Iglesia latina es, sin duda, San Jerónimo († 420). De manera muy sutil escribe acerca de la santidad de María, haciendo uso de una literatura exquisita:

‘Saldrá una vara de la raíz de Jesé y una flor brotará de su raíz’. La vara es la Madre del Señor, sencilla, pura, sincera, sin germen alguno que se le pegara de fuera y, a semejanza de Dios, fecunda por sí sola⁸³.

Pedro Crisólogo († aprox. 450), de manera indirecta, relacionará esa pureza e incorruptibilidad con la plenitud de la gracia:

Bienaventurada la que sola entre todos los hombres mereció oír: encontraste gracia. ¿Cuánta? Cuanta había dicho más arriba: plena⁸⁴.

En torno al mismo período encontramos un texto de Sedulio, quien de forma clara y tajante afirma lo siguiente:

No hay nada que sea oscuro en tu honra⁸⁵.

Pero no todo el pensamiento era unánime en este sentido. El influjo agustiniano pesaba en demasía y numerosos autores comparten el sentir del santo de Hipona. Este es el caso, por ejemplo, de San León Magno († 461):

⁸² SAN MÁXIMO DE TURÍN, *PL* 57, col. 235.

⁸³ SAN JERÓNIMO, “Carta XXII. A Eustoquia”, en: *Cartas de San Jerónimo*, I, B.A.C., Madrid 1962, 176.

⁸⁴ SAN PEDRO CRISÓLOGO, *PL* 52, cols. 579-580.

⁸⁵ SEDULIO, *PL* 19, col. 596.

Entre los hijos de los hombres, sólo Jesucristo vino al mundo sin pecado, porque sólo Él fue concebido sin la contaminación de la concupiscencia de la carne⁸⁶.

Como ya se ha comentado, el tema del pecado original será clave para abarcar la noción de Inmaculada Concepción en María. Por esta razón, Fulgencio de Ruspe († 532), procura relacionar ambas ideas intentando darles un principio de compatibilidad:

Una mujer, corrompida en su alma, ha engañado al primer hombre; una mujer incorrupta ha concebido virginalmente al segundo hombre. En la mujer del primer hombre la maldad del diablo le ha depravado la mente, después de haberla seducido; en cambio, en la madre del segundo hombre la gracia de Dios ha preservado la integridad de su mente y de su carne⁸⁷.

Pero al final, termina negando la posibilidad de que María haya sido concebida sin pecado original, ya que afirma taxativamente que ella es “carne de pecado”:

*“La carne de María fue ciertamente carne de pecado, y engendró al Hijo de Dios en semejanza de carne de pecado”*⁸⁸.

Ya en el siglo VI observamos textos bellísimos tanto en San Leandro († 600) como en Venancio Fortunato († 600). En ellos, con figuras e imágenes, se alude a la pureza de María:

Medita como paloma, purísima virgen, y reconsidera qué gloria te espera en el futuro, tú que no condescendiste con la carne y sangre ni sometiste tu purísimo cuerpo a la corrupción⁸⁹.

Eres la más hermosa de las rosas y tu candor es muy superior al de los lirios. Tú eres la nueva flor de la tierra que el cielo cultiva desde lo alto.

⁸⁶ SAN LEÓN MAGNO, *PL 54*, col. 211.

⁸⁷ SAN FULGENCIO DE RUSPE, *PL 65*, col. 728.

⁸⁸ SAN FULGENCIO DE RUSPE, col. 458.

⁸⁹ SAN LEANDRO, *Regla de San Leandro*, B.A.C., Madrid 1971, 27-28.

Cristal, ámbar, oro, púrpura, esmeralda, cándida perla, allí a donde llega el resplandor de tu hermosura quedan envilecidos los más preciosos metales. La nieve es vencida por tu blancura inmaculada, el sol sobrepujado por la hermosura de tu cabellera; sus rayos, oh Virgen, palidecen frente a tu belleza; el brillo del rubí se apaga y el resplandor del lucero del alba queda oscurecido ante ti que en todo momento aventajas a los astros del firmamento⁹⁰.

San Ildefonso († 669) sí afirma claramente que la Virgen fue preservada del pecado de los primeros padres:

Pues si el alma de cualquiera justo es trono de Dios según la Escritura, mucho más el alma de la Virgen, hermanos carísimos, que desde el primer instante de su concepción fue llena de gracia (...) Porque esta es aquella dichosa criatura, por la cual entró en el mundo el autor de la vida, quedó sin efecto la maldición de los primeros padres, y descendió sobre la tierra la bendición del cielo⁹¹.

Finalmente y de modo muy sutil, San Ambrosio († 397), de manera indirecta dos siglos antes, hace referencia a esta temática utilizando como símil la nube del libro del Éxodo. Comparando a María con Eva, hace alusión al tema del pecado original. La “*nube ligera*” será el símbolo de su santidad y pureza, imagen que quedará también fijada en la iconografía posterior:

Por su forma externa esta nube marchaba ciertamente delante de los hijos de Israel; mas, según su sentido interior, significaba al Señor Jesús, quien, como dice Isaías, vendrá en una nube ligera, es decir, en la Virgen María que, por su herencia de Eva, era una nube; pero, por la integridad de su virginidad, fue ligera. Fue ligera, porque no buscaba agradar a ningún hombre, sino a Dios; fue ligera, porque no concibió en pecado, sino por la intervención del Espíritu Santo⁹².

⁹⁰ VENANCIO FORTUNATO, *PL 88*, col. 281.

⁹¹ SAN ILDEFONSO, “Sermón II de la Asunción de Nuestra Señora”, en: *Sermones sobre la Santísima Virgen María*, Imprenta de Carruez, Lérica 1874, 47-48.

⁹² SAN AMBROSIO, *PL 15*, col. 1318.

La controversia del tema inmaculista dará comienzo con San Agustín († 430). El Doctor de Hipona otorgará realmente rango teológico a la materia, convirtiéndola, sin pretenderlo, en uno de los debates más importantes de la mariología y de la teología católica. No olvidemos que el verdadero asunto que abarcaba en sus reflexiones era el concerniente al pecado original y su lucha contra el pelagianismo. Él se basa en los escritos de San Pablo para elaborar su teología. Hay dos citas fundamentales de la Carta a los Romanos que influirán en su doctrina: *Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios* (Rom. 3, 23) y *Por tanto, como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron* (Rom. 5, 12). Con San Agustín se va a destacar la condición pecadora de toda la humanidad, la universalidad del pecado original. De este modo, se resaltaba la necesidad de salvación y de gracia por parte de Cristo. Afirmar en este contexto la Inmaculada Concepción de María constituía un verdadero conflicto. Aun así, este autor contribuyó a focalizar la controversia en su punto justo. A partir del Doctor de la Gracia, se deja claro que para abordar el tema era necesario salvar dos obstáculos:

–Que María estuviese exenta de pecado original desde el primer instante de su concepción.

–Que esta prerrogativa no fuese incompatible con el dogma central del Cristianismo: Jesucristo como único Mediador y Redentor⁹³.

La clave del asunto residía en que si se sostenía que María no había sido infeccionada por el pecado original, ésta no habría tenido necesidad de ser salvada y redimida por Cristo. Por tanto, puesto que Cristo había realizado su acción salvadora para todo el género humano, la Virgen habría tenido que contraer el pecado original, como miembro que era de la humanidad.

Como hemos mencionado, el tema de la Madre de Dios no fue tocado directamente por San Agustín. La polémica la inicia él, pero como la consecuencia lógica de la lectura y reflexión de sus escritos. De hecho, él man-

⁹³ S. DE FIORES, "Teología de la Inmaculada Concepción", *Ephemerides Mariologicae* 35 (1985) 301; D. FERNÁNDEZ, *María en la historia...*, 364.

tuvo cierta ambigüedad con respecto a María en esta materia. Por un lado, pretende exceptuar a la Virgen del pecado, mas en algún texto se observa cierta vaguedad.

Al comentar los privilegios de ésta, declara de manera vehemente que María estuvo alejada del pecado afirmando lo siguiente:

Exceptuando la Santa Virgen María, de la cual no quiero, por el honor que es debido al Señor, suscitar cuestión alguna cuando se trata de pecados (porque sabemos que a ella le fue conferida más gracia para vencer por todos sus flancos al pecado, pues mereció concebir y dar a luz al que consta que no tuvo pecado alguno); exceptuando, digo, a esta Virgen, si hubiéramos podido congrega a todos los santos y santas cuando aquí vivían, y preguntarles si estaban sin pecado, ¿qué pensamos hubieran respondido? (...) ¿No es verdad que unánimemente hubieran aclamado: Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos y no hay verdad en nosotros?⁹⁴.

Pero, a pesar de esta referencia, la idea principal de su pensamiento consistía en resaltar la universalidad del pecado original y la necesidad de la gracia de Cristo para la salvación. La gran disquisición con respecto a este asunto, como hemos citado, la mantuvo con el monje bretón Pelagio. Esto se desprende de las cartas que intercambió con el discípulo de éste, Julián de Eclana († 454).

El pelagianismo consistía en una corriente teológica que afirmaba la absoluta libertad del ser humano. Según Pelagio, una vez recibido el don del libre albedrío, el hombre debe usar rectamente de él. Por tanto, no hay santidad a la que no pueda llegar si tiene el valor de quererlo. Así pues, el hombre es autónomo por sí mismo, es capaz de cumplir por él mismo la ley de Dios sin necesidad de la gracia. La consecuencia de todo esto era bastante clara: no existe para él el pecado original, sólo los personales. Adán simplemente proporciona a la humanidad un mal ejemplo. Asimismo, la redención de Cristo sólo nos ofrecería una doctrina y un buen ejemplo, en contraposición a Adán. La gracia no sería necesaria para salvarse, el hom-

⁹⁴ SAN AGUSTÍN, *PL 44*, col. 267.

bre puede lograrlo solo. A esta teoría se opondrá fuertemente San Agustín, gran defensor de la gracia como don de Dios⁹⁵.

Ese voluntarismo, por el cual Pelagio defendía que la persona podía alcanzar las metas más altas de santidad, sin necesidad de una ayuda extraordinaria de la gracia divina, lo plasma del siguiente modo:

... cuando tengo que exhortar a la reforma de costumbres y a la santidad de vida, empiezo por demostrar la fuerza y el valor de la naturaleza humana y precisar las facultades de la misma, para incitar así el ánimo de los oyentes a realizar toda clase de virtud⁹⁶.

Para San Agustín nadie, excepto Cristo, está libre del pecado. La humanidad entera está infeccionada del mismo desde la caída de Adán. Todos formamos parte de esa “*masa de pecado*”:

Desde que nuestra naturaleza pecó en el paraíso, la divina providencia nos forma no según el tipo celestial de hombre, sino según el tipo terrenal: es decir, no según el espíritu, sino según la carne, mediante una generación mortal, y todos hemos sido hechos una masa de barro, que significa una masa de pecado⁹⁷.

En su reflexión, relaciona los pecados de nuestra vida al pecado original. Como Cristo es el único que está exento del mismo, no cometió ninguno en su existencia:

En efecto, si en la niñez hubiera tenido pecado, lo cometería en la edad adulta. No hay hombre, excepto Cristo, que no cometa pecados más graves al crecer en edad, porque no hay hombre, excepto él, que en su niñez esté sin pecado⁹⁸.

⁹⁵ H. RONDET, “Pelagianismo”, en: *Sacramentum Mundi*, V, Barcelona 1974, 379; J. POHLE, “Pelagius”, en: *The Catholic Encyclopedia*, XI, New York 1907, 604-608; R. HEDDE - É. AMANN, “Pélagianisme”, en: *Dictionnaire de Théologie Catholique*, XII, París 1933, 683-685; G. DE PLINVAL, “Pelagio e pelagianesimo”, en: *Enciclopedia Cattolica*, IX, Città del Vaticano 1950, 1071-1077; L. F. LADARIA, *Teología del pecado original y de la gracia*, B.A.C., Madrid 2001, 86-91.

⁹⁶ PELAGIO, *PL 30*, col. 17.

⁹⁷ SAN AGUSTÍN, *PL 40*, col. 71.

⁹⁸ SAN AGUSTÍN, “Réplica a Juliano”, en: *Obras completas de San Agustín*, Madrid 1984, 816.

Un elemento clave para entender su argumentación es el concepto “*concupiscencia*”. Para el obispo de Hipona, el pecado original se propaga a toda la humanidad mediante la concupiscencia⁹⁹. Por medio del acto sexual de los padres, la falta de Adán se extiende al género humano y únicamente es borrada a través del Bautismo:

esta concupiscencia, que se expía solamente con el sacramento de la regeneración, transmite, sin duda, por la generación el vínculo del pecado a los descendientes¹⁰⁰.

Esta insistencia en afirmar la influencia activa de la concupiscencia en la transmisión del pecado original, dificultó bastante la doctrina inmaculista y el desarrollo del dogma mariano. Y es que las consecuencias que dimanaban de su doctrina eran que, en toda concepción, en la cual siempre actúa la concupiscencia, el pecado original se transmitía¹⁰¹. Como Cristo era el único que había tenido un origen singular (no generado mediante relaciones carnales), era también el único que no había sido manchado por la caída de los primeros padres:

Sólo nació sin pecado aquel a quien engendró la Virgen sin concurso de varón, no por deseo carnal, sino por obediencia espiritual¹⁰².

Aquí es donde comienzan las ambigüedades con respecto a María ya

⁹⁹ La Tradición y teología cristianas entienden por concupiscencia la inclinación que el ser humano tiene al pecado y al mal. Dicha tendencia es consecuencia de la herida provocada en la humanidad por el pecado original. Como afirma el Concilio de Trento, “*procede del pecado y al pecado inclina*”. Estos deseos desordenados no son borrados por el Bautismo. La concupiscencia también es llamada *fomes peccati*. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n.ºs. 405, 1264 y 2515. También en: E. DENZINGER, *El Magisterio de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1997, 227. En San Agustín, viene a ser sinónimo de la libido, del acto sexual generador.

¹⁰⁰ SAN AGUSTÍN, “El matrimonio cristiano”, en: *Obras completas de San Agustín...*, 279.

¹⁰¹ “...Tendrías toda la razón para hablar así si el mal de la concupiscencia no se transmitiera a los hijos. Pero nadie es engendrado sin este mal y nadie puede nacer sin él. ¿Cómo dices que este mal no se transmite a los hijos, si pasa por ellos?”. SAN AGUSTÍN, “Réplica a Juliano”, 809. También: “... pues por la generación carnal se contrae solamente el pecado de origen”. SAN AGUSTÍN, “Réplica...”, 231.

¹⁰² SAN AGUSTÍN, “Réplica...” 285.

que, aplicando estrictamente esta doctrina, la consecuencia era clara: la Virgen habría contraído la mancha de Adán:

Por tanto, el cuerpo de Cristo, aunque fue concebido de carne de mujer, que fue concebida a su vez de carne de pecado, sin embargo, no fue concebido en ella del mismo modo que ella había sido concebida, ni su carne fue carne de pecado, sino semejanza de carne de pecado¹⁰³.

Julián de Eclana, aprovechando la doctrina agustiniana de la universalidad del pecado original, arremete contra San Agustín aludiendo al tema de la Virgen. El conflicto estaba servido. Acusa al santo de que su doctrina es peor que la de Joviniano:

Él (Joviniano) elimina la virginidad de María por la condición del parto; tú (Agustín) entregas a María misma al diablo por la condición del nacimiento¹⁰⁴.

Este enfrentamiento clásico entre ambos, ha quedado para la posteridad como el punto de arranque del conflicto sobre la Inmaculada Concepción, ya que se empieza a abordar el asunto con las formas teológicas en las que, durante siglos, quedarán enmarcadas. La oscuridad de la respuesta que San Agustín da a Julián de Eclana es lo que ha hecho pensar que el Doctor de la Gracia no era partidario de las tesis inmaculistas:

No entregamos a María al diablo por la condición del nacimiento, sino porque la misma condición se desata por la gracia del renacer¹⁰⁵.

En ese sentido, la lógica del santo de Hipona estaba muy bien conformada, de modo que, en el Occidente latino, la repercusión de su pensamiento fue enorme. Sus reflexiones fueron tenidas en cuenta en toda la teología posterior y su influencia resultó absolutamente decisiva en el desarrollo del dogma.

¹⁰³ SAN AGUSTÍN, “Réplica 191.

¹⁰⁴ SAN AGUSTÍN, “Réplica 181.

¹⁰⁵ SAN AGUSTÍN, “Réplica 183.

II. Referencias inmaculistas en oriente y occidente desde el siglo IX al XII

Una vez concluido el período de los Santos Padres, la literatura religiosa siguió ofreciendo innumerables referencias acerca del tema de la santidad y pureza de María. Tanto en Oriente como en Occidente, hallamos algunos testimonios.

Así pues, de la tradición griega destacan, en primer lugar, las palabras de San José el Himnógrafo († 883), quien afirma lo siguiente:

Insólita es tu concepción, insólito tu nacimiento, insólito crecimiento, oh Virgen; sorprendente es tu vida en el interior del templo, todo lo que te mira, oh Inmaculada, es excepcional y maravilloso, superior a toda palabra y a todo pensamiento¹⁰⁶.

A finales del siglo IX, Fotio, patriarca de Constantinopla, escribe sobre María destacando en ella su ausencia de pecado original:

Fue así como la Virgen llevó una vida sobrehumana, demostrando que era digna de la boda con el Esposo celeste, y dando el brillo de su propia belleza, a nuestra naturaleza deformada, que había corrompido el pecado original¹⁰⁷.

Jorge de Nicomedia, autor de finales del siglo IX, comenta que la Virgen es portadora de los signos de una pureza sin tacha, centro de todas las virtudes:

... tomaban en consideración atentos el precioso vaso de las virtudes, el cual no sólo portaba símbolos de incorrupta pureza...¹⁰⁸.

¹⁰⁶ SAN JOSÉ HIMNÓGRAFO, *PG 105*, col. 994.

¹⁰⁷ FOTIO, "Homil. In Annuntiat. Deiparae", en: M. JUGIE, *L'Immaculée Conception dans l'Écriture Sainte et dans la tradition orientale*, Academia Mariana, Roma 1952, 165.

¹⁰⁸ JORGE DE NICOMEDIA, *PG 100*, col. 1422.

Teognosto, también acabando el siglo IX, resalta la santidad de María en toda su existencia:

Ya que aquella cuyo comienzo es santo, santo el fin y santa toda la existencia¹⁰⁹.

Nicetas David, escritor de comienzos del siglo X, vuelve a tratar el tema del pecado original y la Madre de Dios:

Ella hizo desaparecer la maldición original a la cual estaba sometido todo el género humano¹¹⁰.

San Eutimio, patriarca de Constantinopla († 917), en el contexto de la fiesta de la Concepción de Santa Ana, escribe las siguientes palabras:

De Joaquín y Ana, como sabéis bien, amigos míos, nació ella... Pero ¡oh mansión purificada, oh libre de toda mancha y pecado! Jamás mujer dio a luz sin mancha, a excepción de aquella sola hija verdaderamente divina que nació de éstos, dignísimos de ser venerados por nosotros... Esta es la cumbre de las festividades de la purísima doncella Madre de Dios y la delineación previa de todas ellas¹¹¹.

Semejantes ideas baraja San Juan el Geómetra († aprox. 989) cuando escribe lo siguiente:

Alégrate porque Cristo te dio cuerpo mortal. Alégrate porque fuiste la primera más antigua libre del pecado del padre. Alégrate por la naturaleza feliz recibida de Cristo y porque ha unido a una mortal a lo etéreo¹¹².

Ya en el siglo XI, Juan Mauropas († aprox. 1079), vuelve a incidir en la especial santidad de la Virgen:

¹⁰⁹ Texto citado en: M. JUGIE, *L'Immaculée Conception...*, 178.

¹¹⁰ NICETAS DAVID, *PG 105*, col. 18.

¹¹¹ Texto citado en G. ALASTRUEY, *Tratado de la Virgen...*, 166.

¹¹² Traducción propia del texto citado en: G. ALASTRUEY, *Tratado de la Virgen...*, 166.

El Señor conduce a la Soberana, el Rey la Reina, el Esposo la Esposa, el Hijo la Madre, la Inmaculada la Virgen, el Santo la Santa, Aquel que está por encima de todo Aquella que está más elevada de toda criatura¹¹³.

Como se puede observar, las referencias son abundantísimas y nos podríamos extender a muchos más autores. Finalizaremos mencionando otros escritores que, de manera similar, en la tradición griega oriental, han apuntado en sus obras la pureza y santidad de María. Entre todos ellos destacaríamos a Miguel Psello († 1079), Jacobo el monje († finales del siglo XI) o Teofilacto, arzobispo de Bulgaria († finales del siglo XI)¹¹⁴.

En las iglesias de rito occidental o latino, como ya hemos visto, la controversia en torno al pecado original va a determinar considerablemente la cuestión inmaculista. Los escritores de estas iglesias van a medir mucho sus reflexiones y observarán el seguimiento de los postulados agustinianos, como garantía ante la amenaza de la herejía pelagiana. A pesar de ello, algunos autores se decantarán favorablemente con respecto a la integridad y santidad de María desde el primer instante de su concepción.

El primer testimonio claro en Occidente que habla de María como exenta de pecado original, lo encontramos en Pascasio Radberto († 865). En su pensamiento observamos, ya no sólo una mera figura literaria, sino que contiene ya un trasfondo teológico considerable. En su obra *De partu virginis*, explicando el contenido de la fiesta de la concepción de María, afirma lo siguiente:

Como ahora se considera por la autoridad de la Iglesia entera, consta que ella ha sido inmune al pecado original, por el que no sólo se nos ha liberado de la maldición de la madre Eva, sino que también, en beneficio de todos, se nos ha concedido la bendición¹¹⁵.

Del siglo XI destacamos las figuras de San Fulberto de Chartres († 1028) y de San Pedro Damián († 1072). Ambos destacan que la Virgen estuvo exenta de toda mancha:

¹¹³ Texto citado en: M. JUGIE, *L'Immaculée Conception...*, 190.

¹¹⁴ Texto citado en: M. JUGIE, *L'Immaculée Conception...* 190-200.

¹¹⁵ PASCASIO RADBERTO, *PL 120*, col. 1372.

Es necesario decir en primer lugar que el alma y el cuerpo que eligió Dios Padre para morada de su Sabiduría fueron libres de toda malicia y de toda mancha¹¹⁶.

Pues la carne de la Virgen, tomada de Adán, no contrajo sus manchas¹¹⁷.

Finalmente, ya en el siglo XII, sobresalen personajes como San Bruno († 1101), Ivo de Chartres († 1116) o Ruperto de Deutz († 1129), quienes en sus escritos se muestran claramente a favor de la Inmaculada Concepción de María, lo que viene a demostrarnos las dos vías divergentes que a lo largo de esta centuria se trazarán (inmaculistas y maculistas):

El Señor miró la tierra desde el cielo, al venir al seno de la Virgen desde las regias moradas. Esta es, pues, aquella tierra incorrupta que el Señor bendijo, libre, por tanto, de toda peste de pecado, por la cual conocimos el camino de la vida y recibimos la verdad prometida¹¹⁸.

Oigamos ahora de qué modo santificó la carne de su Madre, para que por ello se alegre el cristiano y quede confundido el inmundo hereje. Pues destruyó en ella toda mancha de culpa, ya original, ya actual¹¹⁹.

Por ser de la masa que en Adán quedó corrompida, no carecías de la mancha hereditaria del pecado original. Pero en presencia de este amor no pudo permanecer pecado alguno, ni aquél ni otro; toda paja quedó consumida en la llama de este fuego¹²⁰.

Como conclusión a todo lo que hemos expuesto, podemos observar la antigua tradición que en la Iglesia ha habido en lo concerniente a la cuestión inmaculista. Quedan claras las dos grandes visiones sobre la temática: la oriental, enormemente mística y alegórica, y la occidental, imbuida de las categorías filosóficas bajo el prisma agustiniano. Como se ha podido

¹¹⁶ SAN FULBERTO DE CHARTRES, *PL 141*, col. 322.

¹¹⁷ SAN PEDRO DAMIÁN, *PL 144*, col. 721.

¹¹⁸ SAN BRUNO, *PL 152*, col. 1167.

¹¹⁹ IVO DE CHARTRES, *PL 162*, col. 570.

¹²⁰ RUPERTO DE DEUTZ, *PL 168*, col. 841.

observar, en este caminar, la evolución ha sido determinante. Si bien determinados conceptos aplicados a María en el siglo II o III no tienen la misma validez y connotación que en centurias posteriores, los mismos van a servir de base para fundamentar una de las creencias más arraigadas y queridas por el pueblo de Dios: la Inmaculada Concepción de la Virgen. Según lo dicho, hemos podido contemplar cómo hasta la llegada de las grandes controversias concepcionistas medievales, existió un sustrato notoriamente rico sobre tal cuestión, que quizás haya quedado un tanto oscurecido o ignorado frente a los “grandes espadas” que abordaron la temática en el medievo.

Bibliografía

- ALASTRUEY, G., *Tratado de la Virgen Santísima*, B.A.C., Madrid 1956.
- ANASTASIO DE ANTIOQUÍA, *PG* 89.
- ANFILOQUIO DE ICONIO, *PG* 39.
- ANTIOCO ESTRATEGIO, “Homilia XXI”, en: *Corpus Marianum Patristicum*, IV/2, Burgos 1979.
- AURELIO PRUDENCIO, “Cathemerinon”, en: AURELIO PRUDENCIO, *Obras completas*, B.A.C., Madrid 1940.
- BASTERO DE ELEIZALDE, J. L., *María, Madre del Redentor*, Eunsa, Pamplona 1995.
- CRÍSIPO DE JERUSALÉN *PO* 19.
- DENZINGER, E., *El Magisterio de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1997.
- DE ALDAMA, J. A., “El Protoevangelio de Santiago y sus problemas”, *Ephemerides Mariologicae* 12 (1962).
- _____, *María en la patrística de los siglos I y II*, B.A.C., Madrid 1970.
- DE FIORES, S., “Inmaculada”, en: DE FIORES, S- MEO, S., *Nuevo Diccionario de Mariología*, Ediciones Paulinas, Madrid 1988.
- _____, “Teología de la Inmaculada Concepción”, *Ephemerides Mariologicae* 35 (1985).
- DE PLINVAL, G., “Pelagio e pelagianesimo”, en: *Enciclopedia Cattolica*, IX, Città del Vaticano 1950.
- DE SANTOS OTERO, A., “Evangelio de Felipe”, en: DE SANTOS OTERO, A., *Los Evangelios apócrifos*, B.A.C., Madrid 2006.

- _____, “Protoevangelio de Santiago”, en: DE SANTOS OTERO, A., *Los Evangelios apócrifos*, B.A.C., Madrid 2006.
- DÍEZ, L., “Eva-María y la mujer”, *Estudios Marianos* 62 (1996).
- FERNÁNDEZ, D., *María en la historia de la salvación*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1999.
- FOTIO, “Homil. In Annuntiat. Deiparae”, en: JUGIE, M., *L’Immaculée Conception dans l’Écriture Sainte et dans la tradition orientale*, Academia Mariana, Roma 1952
- GARCÍA, J. C. R., “La Panaghía”, *Ephemerides Mariologicae* 44 (1994).
- _____, *Mariología*, B.A.C., Madrid 1999.
- GARRIDO, M., “Culto y veneración a la madre de Jesús en la primitiva Iglesia”, *Estudios Marianos* 36 (1972).
- GIRONÉS, G., “María, comparada con Eva en el Nuevo Testamento”, *Ephemerides Mariologicae* 29 (1979).
- HEDDE, R. – AMANN, É., “Pélagianisme”, en: *Dictionnaire de Théologie Catholique*, XII, París 1933.
- HESQUIO DE JERUSALÉN, *PG* 93.
- IVO DE CHARTRES, *PL* 162.
- JORGE DE NICOMEDIA, *PG* 100.
- JUAN DE TESALÓNICA, *PO* 19.
- JUGIE, M., *L’Immaculée Conception dans l’Écriture Sainte et dans la tradition orientale*, Academia Mariana, Roma 1952.
- LADARIA, L. F., *Teología del pecado original y de la gracia*, B.A.C., Madrid 2001.
- LAURENTIN, R., *Maria nella storia della salvezza*, Marietti, Turín 1972.
- LAURENTIN, R.- DE FIORES, S., “Nueva Eva”, en: DE FIORES, S- MEO, S., *Nuevo Diccionario de Mariología*, Ediciones Paulinas, Madrid 1988.
- MATEO SECO, L. F., “María, Nueva Eva, y su colaboración en la redención según los Padres”, *Estudios Marianos* 50 (1985).
- MIR Y NOGUERA, J., *La Inmaculada Concepción*, Hermanos Sáenz de Jubera Editores, Madrid 1905.
- NICETAS DAVID, *PG* 105.
- ORÍGENES, *PG* 13.
- PASCASIO RADBERTO, *PL* 120.
- PEINADO, J. A., *Controversia teológica. Devoción popular. Expresión plástica. La Inmaculada Concepción en Granada*, Universidad de Granada, Granada 2012.

- PELAGIO, *PL 30*.
- POHLE, J., "Pelagius", en: *The Catholic Encyclopedia*, XI, New York 1907.
- PONCE, M., *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, Badajoz, Grafisur 1995.
- PONS, G., *Textos marianos de los primeros siglos*, Ciudad Nueva, Madrid 1994.
- POZO, C., *María, nueva Eva*, B.A.C., Madrid 2005.
- RÁBULA DE EDESA, "De divina maternitate: Mariam esse totius orbis thesaurum". "De Mariae virginitate per rubum praesignata", en: *Corpus Marianum Patristicum*, V, Burgos 1981.
- ROMERO, E., "El paralelismo Eva-María en la primera teología cristiana", *Estudios Marianos* 64 (1998).
- RONDET, H. "Pelagianismo", en: *Sacramentum Mundi*, V, Barcelona 1974.
- RUPERTO DE DEUTZ, *PL 168*.
- SAN AGUSTÍN, *Obras completas de San Agustín*, Madrid 1984.
- _____, *PL 40*.
- _____, *PL 44*.
- SAN AMBROSIO, *PL 15*.
- _____, *PL 17*.
- SAN ANDRÉS DE CRETA, *PG 97*.
- SAN ATANASIO, *PG 25*.
- SAN BERNARDO, *PL 182*.
- SAN BRUNO, *PL 152*.
- SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *PG 74*.
- _____, *PG 77*.
- SAN EFRÉN, "Carmina nisibena", en: *Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium*, Lovaina 1961.
- _____, "Carmina Soghita", en: *Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium*, Lovaina 1959.
- _____, "Himnos sobre la Iglesia", en: *Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium*, Lovaina 1960.
- SAN EPIFANIO DE SALAMINA, *PG 42*.
- SAN FULBERTO DE CHARTRES, *PL 141*.
- SAN FULGENCIO DE RUSPE, *PL 65*.
- SAN GERMÁN DE CONSTANTINOPLA, "Carta de San Germán a Juan obispo de Sinaida"; en: *Biblioteca Patristica*, 13, Ciudad Nueva, Madrid 2001.
- _____, "Homilía de la Anunciación", en: *Biblioteca Patristica*, 13, Ciudad Nueva, Madrid 2001.

- _____, “Homilía I sobre la Entrada de la Madre de Dios”, en: *Biblioteca Patristica*, 2, Ciudad Nueva, Madrid 2001.
- SAN GREGORIO DE NISA, *PG* 46.
- SAN GREGORIO NACIANCENO, *PG* 36.
- SAN HIPÓLITO, *PG* 10.
- SAN ILDEFONSO, “Sermón II de la Asunción de Nuestra Señora”, en: *Sermones sobre la Santísima Virgen María*, Imprenta de Carruez, Lérida 1874.
- SAN IRENEO DE LYON, *PG* 7.
- SAN JERÓNIMO, “Carta XXII. A Eustoquia”, en: *Cartas de San Jerónimo*, I, B.A.C., Madrid 1962.
- SAN JOSÉ HIMNÓGRAFO, *PG* 105.
- SAN JUAN CRISÓSTOMO, *PG* 57.
- SAN JUAN DAMASCENO, *PG* 96.
- SAN JUSTINO, *PG* 6.
- SAN LEANDRO, *Regla de San Leandro*, B.A.C., Madrid 1971.
- SAN LEÓN MAGNO, *PL* 54.
- SAN MÁXIMO DE TURÍN, *PL* 57.
- SAN PEDRO CRISÓLOGO, *PL* 52.
- SAN PEDRO DAMIÁN, *PL* 144.
- SAN TARASIO, *PG* 98.
- SEDULIO, *PL* 19.
- Sofronio De Jerusalén, *PG* 87.
- TEODOTO DE ANCIRA, *PG* 77.
- TEOTECNO DE LIVIA, “Encomium Assumptionis sanctae Deiparae”, en: *Corpus Marianum Patristicum*, IV/2, Burgos 1979.
- TERTULIANO, *PL* 2.
- TIMOTEO DE JERUSALÉN, *PG* 86.
- VENANCIO FORTUNATO, *PL* 88.
- VILLAMONTE, A., “Los inicios de la teología de la Inmaculada”, *Ephemerides Mariologicae* 40 (1990).
- ZENÓN DE VERONA, *PL* 11.

Artículo recibido el 8 de julio de 2015

Artículo aceptado el 5 de septiembre de 2015